

**COMENTARIOS AL EVANGELIO DE SAN MATEO**  
**CAPÍTULO DÉCIMO PRIMERO: 11**  
**Padre Arnaldo Bazán**

***"En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra, dijo: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito"(11,25-26).***

Es fácil descubrir que cuando una persona ha llegado a acumular muchos conocimientos, se olvida fácilmente de que es mucho más lo que no sabe. ¡Qué razón tuvo Sócrates al decir aquella frase famosa: "Yo sólo sé que no sé nada!"

Y es que el filósofo griego, que era tenido como uno de los hombres más sabios de su tiempo, había profundizado en la realidad de las cosas del mundo, y llegado a la conclusión de que es poco lo que se sabe en comparación con lo que no sabemos.

Los ateos abundan sobre todo entre los hombres sabios e inteligentes. Y esto parece que viene desde muy antiguo, pues hace unos dos mil años Jesús dio gracias al Padre porque había "ocultado estas cosas a sabios e inteligentes".

¿De qué "cosas" se trata? Pues de las cosas de Dios, esas que los sabios desprecian porque creen que todo tiene que ser demostrado para que ellos lo acepten.

Así el ateísmo ha abundado en las Universidades y otros centros de altos estudios, no porque allí abundaran los sabios, sino los sabihondos que se creen que se las saben todas.

No decimos con esto que todos los sabios e inteligentes sean ateos. Ha habido muchos grandes sabios que eran, además, muy buenos creyentes, pero sin lugar a dudas han sido una minoría.

Y es que la sabiduría del mundo, así como la riqueza y el poder, hacen creer al ser humano que no necesitan de Dios, ya que piensan que lo tienen todo. Pero se equivocan, pues el verdadero sabio es el que, como Sócrates, descubre que es mucho más lo que no sabe.

El verdadero sabio es el que, sin desdeñar la sabiduría terrena, se inclina ante Dios y reconoce humildemente su propia poquedad.

Entonces sí puede conocer lo que Dios nos tiene revelado, pues la humildad hace a sabios e ignorantes de los "pequeños" que habla Jesús. Hay que ser "pequeños" para adentrarse en la sabiduría divina y descubrir los tesoros a los que no puede llegar la ciencia.

Por eso digamos con san Pablo: "¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos! En efecto, ¿quién conoció el pensamiento de Señor? O ¿quién fue su consejero? O ¿quién le dio primero que tenga derecho a la recompensa? Porque de él, por él y para él son todas las cosas. ¡A él la gloria por los siglos! Amén"  
(Romanos 11,33-35)